

La panacea (universal)

Juan Jiménez Fernández

A lo largo de las diferentes épocas, principalmente en las pasadas, el hombre se ha forjado una serie de ilusiones quiméricas con las que superar sus limitaciones y carencias. Sin embargo, vencido y convencido de su impotencia, ha tenido que resignarse con que sus utopías no pasaran de ser puros mitos, gracias a los cuales –eso sí– hemos podido conocerlas.

La mitología griega ofrece las más variadas tentativas humanas que han pugnado por hacer realidad sus fantásticos sueños.

La búsqueda de la piedra filosofal que lograra la transmutación de los metales en oro, y que fue un anhelo de los alquimistas medievales, está representada muchos siglos antes en el pensamiento mágico de los griegos por el rey frigio Midas cuando obtuvo del dios Dioniso, a cambio de un favor, el arte de convertir en oro todo cuanto tocara, la llamada crisopeya, vehemente deseo que ha tenido desasosegado y

He aquí un trabajo variopinto en el que se analiza la palabra clave desde diversos ángulos según los datos de tipo médico y filológico que hemos logrado reunir y que de algún modo tienen que ver con la línea científica de esta revista.

nervioso al género humano desde su origen. El hombre homérico concibió a sus dioses llevando una vida regalada (*rheîa zôntes*) en el Olimpo, esto es, disfrutando de una eterna juventud e investidos de sublime inmortalidad. Para conservar la primera, bebían néctar, y se alimentaban de ambrosía o ‘inmortalidad’, que tal significa la palabra. A lo sumo, el género de los mortales aspiraba en su ánimo, no obstante, a parecerse a la divinidad, aplicándose literariamente los calificativos de “deiforme”, “divino”, “engendrado” o “criado por un dios”, etc., pero nunca a compararse con ellos, so pena de sufrir castigos imperecederos, como le ocurrió a Tántalo, que traicionó la confianza de los dioses al robar de su mesa el néctar y la ambrosía para dárselo a los hombres. Por su *hýbris* o desprecio de la divina dignidad –impía culpa– fue condenado a padecer en el Hades hambre y sed infinitas. En el plano humano por con-

traste, el poeta Mimnermo de Colofón (1), con su visión amarga y realista, califica la vejez de «penosa y deforme», de «odiosa y objeto de desprecio» (fr. 5 D), concepto pesimista del que participa más de un poeta, como Teognis de Mégara (2) (vs. 1021-22). Con el mismo propósito, muchísimo tiempo después, los alquimistas pretenderían hallar, por medio también de la piedra filosofal, el elixir (3) de la eterna juventud. Contra la muerte en cambio no se atrevieron a luchar porque era una batalla perdida de antemano (un leve eco hay, no obstante, en el mito de Asclepio, según vamos a ver en breve). Otro de los afanes del género humano ha sido el de afrontar los estragos de la enfermedad y evitarlos por cualquier medio, para lo cual se lanzó a la búsqueda desesperada del “remedio” con el que triunfar sobre ella o, al menos, mitigarla: «Ojalá sin enfermedades y sin preocupaciones me llegue la hora de la muerte a los sesenta años», anhela resignado Mimnermo (fr. 6 D).

La tradición mítica nos habla del héroe Asclepio (el Esculapio de los latinos), a quien se considera también dios por ser hijo de Apolo, el dios olímpico de la Medicina, que lo había engendrado en Corónide (una criatura mortal), tras forzarla. No obstante, aun es-

tando encinta, cohabitó con su amante Isquis. Avisado Apolo por un cuervo, encolerizado, dio muerte a Corónide, pero, cuando estaba a punto de arder su cuerpo en la pira, le extrajo al niño Asclepio y se lo entregó al centauro Quirón para que lo criara e instruyera en la ciencia médica; y tales fueron los progresos del alumno, que perfeccionó la cirugía y la preparación de drogas con el estudio de las virtudes de las raíces, consiguiendo no solo la curación de enfermos desesperados, sino que llegó a descubrir incluso el medio de resucitar a los muertos y de impedir la muerte misma. Temeroso Zeus del desequilibrio del mundo y de que a su vez comunicara el procedimiento a los demás hombres, lo fulminó con el rayo que le habían fabricado los Cíclopes. Del matrimonio de Asclepio con Epíone nacieron los médicos Podalirio y Macaón, que en el ejército de los aqueos durante la guerra de Troya se dedicaban a curar a los heridos en combate, y cinco hijas, de las cuales las más conocidas eran Higiea, ‘la Salud’, Yaso, ‘la Curación’, y Panacea, ‘el Remedio Universal’ (4).

Asclepio recibió culto como dios de la Medicina en Epidauro, ciudad del Peloponeso, aunque no figurara entre los dioses olímpicos. Sin embargo, fue en la isla de Cos, una de las Espóradas, donde en torno a su templo –el Ascle-

(1) Se le sitúa en la 1.ª mitad del siglo VI a. C.

(2) Vivió también el mismo siglo que Mimnermo, pero en su segunda mitad.

(3) Esta palabra es un helenismo arabizado que procedía de *xerá*, ‘sustancias secas’.

(4) Higiea es la transcripción del onomástico *Hygíeia*, de donde deriva ‘higiene’; Yaso, de la misma raíz que *iatrós*, ‘médico’, figura como poscomponente en términos como *ped-iatra*, *ger-iatra* o *psiqu-iatra*, y Panacea, ‘la que todo lo cura’ (por medio de las plantas). Téngase presente, pues, que la medicina griega ha sido esencialmente natural, y al mismo tiempo empírica, al basarse en la fitoterapia.

pion—surgió la escuela de los Asclepiadas, que se decían descendientes del dios, y entre ellos Hipócrates (460-380 a. C.), llamado con razón “padre de la Medicina”. A él se ha atribuido el *Corpus Hippocraticum*, compuesto por cincuenta y tres escritos de diversa índole y autores, médicos todos, como es de suponer, tanto de la escuela de Cos como de la vecina escuela de Cnido (5) El primero es el famoso *Juramento (Hórkos)*, en el que se contienen los cánones éticos y deontológicos que deben presidir la profesión médica, y cuyo comienzo es el siguiente:

Juro por Apolo médico, por Asclepio, Higiea y Panacea, por todos los dioses y diosas, a quienes pongo por testigos, cumplir, en la medida de mis fuerzas y criterio, el siguiente juramento y compromiso...

Botánicos como Teofrasto y médicos como Dioscórides y Galeno (6) se ocuparon del estudio del reino vegetal y nos dejaron escritos muy documentados acerca de sus investigaciones y

los resultados de sus ensayos. Ambos han estudiado con detalle la pánace o ‘curalotodo’, traducción literal de *pánakes* < *pân*, ‘todo’ y *ákos*, ‘remedio’. Aquí presentamos, prescindiendo de su descripción física, sendas muestras de ambos autores sobre las virtudes y efectos curativos de cada una de las especies de la pánace:

Teofr. *H.^a de las plantas* IX. 11. 1-2. *La panacea de Quirón [...] se emplea contra la mordedura de las víboras, las tarántulas, las serpientes y otros reptiles si se toma convino, o bien untando con aceite la mordedura. Si esta es de víbora, se aplica en emplasto, dándose a beber mezclada con vinagre. Aseguran asimismo que es buena para las llagas si se mezcla con vino y aceite de oliva, y para los abscesos si se mezcla con miel.*

La panacea de Asclepio [...] Dicen que es buena también contra la mordedura de reptiles si se bebe después de rallada; para el bazo, cuando la sangre

(5) Pequeña península situada al sur de Asia Menor justamente frente a la isla de Cos. Cuenta Plinio que los habitantes de una y de otra encargaron a Praxíteles sendas estatuas de Afrodita (la Venus de los latinos). Los de Cos eligieron la figura vestida porque era más severa y casta (*severum id ac pudicum*), mientras que los de Gnido, la desnuda, dado que era no solo la más hermosa del taller del escultor, sino del mundo entero (*toto orbe terrarum*), precisamente la que ha alcanzado más fama, y que hoy se conserva en el Museo del Vaticano.

(6) Teofrasto de Éreso, en la isla de Lesbos, fue discípulo de Platón y de Aristóteles, además del sucesor de este en la dirección del Liceo. Su vida transcurrió entre los años 370 y 287 a. C.; creó el primer jardín botánico, por lo que se le considera fundador de la Botánica. Escribió entre otras obras *Historia de las plantas* y *Sobre el origen de las plantas*, además de *Los caracteres*, tratado de corte moral en el que se analizan diversos tipos humanos tarados por diferentes vicios.

Dioscórides era natural de Anazarbo, en Cilicia (región meridional de Asia Menor). Llegó a ser médico militar en tiempos de Claudio y Nerón, o sea, hacia la mitad del siglo I d. C. Puso al servicio de la ciencia médica sus enormes conocimientos de botánica y farmacología, habiendo gozado durante muchos siglos de gran predicamento.

Galeno nació en Pérgamo (A. Menor) y vivió entre los años 130 y 200 d. C., aproximadamente. Realizó largos viajes, residiendo en la corte de Marco Aurelio, del que llegó a ser médico de cabecera. En este ambiente tranquilo pudo dedicarse a escribir su inmensa obra. Aunque siguió las pautas médicas de Hipócrates, sus teorías propenden más al eclecticismo.

lo envuelve, si se utiliza con una mezcla de miel y leche; contra la cefalea si se unta la cabeza con aceite de oliva, y contra alguna otra dolencia desconocida, así como también, rallada y mezclada con vino, contra el dolor de vientre.

Diosc. III. 48. *La panacea de Heracles. De ella se recoge el opopánax* (7) [...]. *Su virtud es calorífica, adelgazante, emoliente, por lo que se prescribe para los escalofríos febriles y enfermedades periódicas, espasmos, abscesos, dolores de costado, toses, retortijones de tripas y estrangurias; si se bebe con hidromiel o con vino, es eficaz contra la sarna de la vejiga; provoca las menstruaciones, mata los fetos y resuelve las inflamaciones de la matriz, desleída con miel. Incluso se utiliza como unción para la ciática. Se combina con los remedios contra la fatiga y la cefalea. Erradica el ántrax. Aplicada en cataplasma con pasas, es eficaz contra la podagra. Si se introduce en las caries, quita el dolor de dientes; se emplea también como unguento para las úlceras de los ojos, agudizando la vista. Mezclada con pez, resulta un emplasto excelente contra la mordedura de un perro rabioso. Si se rae la raíz y se aplica a la matriz, provoca el parto; restaura las úlceras antiguas y regenera los tejidos en los huesos descarnados cuando se maja con miel. Su fruto, cuando se toma con ajenjo, provoca los menstruos, y, con arquiloquia, se*

recomienda contra las alimañas ponzoñosas y, si se toma con vino, contra los sofocos uterinos.

A lo largo de estos textos espigados de Teofrasto y de Dioscórides, se advierte que la pánace, panacea o “curalotodo”, en la práctica de los dos estudiosos, ha servido para usos plurales pero restringidos, con lo cual coincide con la definición que consagra el *DRAE*: «medicamento a que se atribuye eficacia para curar diversas enfermedades», sin perjuicio de una segunda, pero ya en sentido figurado: «remedio o solución general para cualquier mal». Finalmente, la entrada **panacea** es atribuida al adjetivo **universal** (motivo por el que se suple el sustantivo) con la siguiente explicación: «remedio que buscaban los antiguos alquimistas para curar todas las enfermedades». No nos cabe duda de que el sintagma binario **panacea universal** que se sobreentiende en el *DRAE*, figura ahí no ya como dato histórico, sino por su frecuencia de uso, pues es bastante corriente oírlo en boca de las gentes, pese a que, gramaticalmente, constituye una manifiesta redundancia; de ahí que hayamos colocado el epíteto entre paréntesis en la expresión que da título a este artículo.

Veamos, por último, cómo la panacea es también motivo de inspiración literaria para el poeta helenístico Calímaco de Cirene (8), que le atribuye milagrosas virtudes en su *Himno a Apolo* 38-42:

(7) Dicho también opopánace y opopánaco: es una gomorresina aromática que se extrae por incisión de su tronco y es usada en medicina y perfumería. Su precomponente *opós*, ‘jugo’, es de la misma raíz de *ópion*, ‘opio’, ‘jugo de la adormidera’.

(8) Uno de los más inspirados de su época (siglos IV y III a. C.), o sea, en tiempos de Tolomeo Filadelfo. Aunque no hay testimonios que lo prueben, es posible que fuera director de la Biblioteca de Alejandría.

*Sus cabellos esparcen por el suelo
[aceite perfumado;
no es grasa lo que destila la
[cabellera de Apolo,
sino la panacea misma: en la
[ciudad en donde ese
rocío cae al suelo resulta todo
[indemne.
Nadie es tan rico en artes como
[Apolo...*

Así como en el *Epigrama* 47. 1-4, donde la compara con la sabiduría:

*¡Qué excelente canto compuso
[Polifemo
para el enamorado! ¡Por Gea que
[no es indocto el Cíclope!
Las Musas suelen atenuar el amor
[apasionado, Filipo:
la sabiduría es el remedio que cura
[todos los males.*

Comenzamos hablando de las ilusiones humanas y de su consunción en mitos y utopías; sin embargo, entre aquellas y estos ha quedado algo: el desarrollo –involuntario si se quiere– de las ciencias y su contribución al progreso de la Humanidad. La Química, la Botánica, la Medicina y la Farmacopea no serían nada si el hombre no hubiera dado pábulo a sus fantasías con sus fatuas y delirantes locuras...

FUENTES.— Hipócr. *Juram.* 1. Teofr. *Enquiry into plants* IX. 1; 11. 1-2; Calím. *Himno a Apolo* 38-42; *Epigr.* 47. 1-4; Diod. Sic. *Bibliot.* IV. 71; V. 74. 6; Diosc. III. 48; 49; 50; Paus. I. 23. 4; 34. 3; Gal. XIV. 42.

Juan Jiménez Fernández, Instituto de Estudios Gienneses.

Referencias Bibliográficas

1. CALLIMACHUS. *Hymns and epigrams*. Cambridge (Mass.), Loeb 1921 (1960). Ed. A. W. Mair.
2. DIODORUS SICULUS. Biblioteca Histórica. *Ibid.* Ed. C.H. Oldfather *et alii*.
3. DIOSCÓRIDES. *Plantas y remedios medicinales (De materia medica)*. Madrid, Gredos, 1998. Intr., trad. y notas, de M. G.^a Valdés.
4. FALCÓ, C., FDEZ.-GALIANO, E., López Melero, R. *Diccionario de mitología clásica*. Madrid, Alianza, 1994. Prólogo de M. Fernández-Galiano.
5. GRIMAL P., *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona, Paidós, 1965 (1981). Trad. de P. Pericay.
6. “Líricos griegos”. *Elegíacos y yambógrafos griegos*. Texto y traducción por F. Rodríguez Adrados. Barcelona, Alma Mater, 1956-59. 2 vols.
7. MARTIN, R. *Diccionario de mitología griega y romana*. Madrid, Espasa Calpe, 1996.
8. Trad. española por A. Gallardo del *Dictionnaire culturel de la mythologie gréco-romaine*, París, E. Nathan, 1992.
9. “Oeuvres Complètes D’Hippocrate”. Ed. É. Littré. París-Londres, 1844.
10. Pedanii Dioscuridis Anazarbei. *De materia medica. Libri quinque*. Ed. M. Wellmann. 1907 (1958).
11. Teofrasto. *Historia de las plantas*. Madrid, Gredos. 1988. Trad. De J. M.^a Díaz-Regañón.
12. “Enquiry into plants”. Ed. G. P. Goold; trad. by A. H. Hort. Cambridge (Mass.), Loeb, 1916 (1990). 2 vols.